

Los sabios no suelen nun a levantar tumultos en ninguna parte. Y mucho menos en España, por la sencilla razón de que cuando nos enteramos de que tenemos alguno, resulta que ya está muerto o que vive en el extranjero.

Por eso no me extrañó poder elegir asiento con tanta familiaridad en el aula segunda de la Facultad de Medicina, donde íbamos a tener el honor de ver y oír al célebre neurofisiólogo—célebre en Norteamérica, por supuesto—José Manuel Rodríguez Delgado.

Alguna que otra vez me he ocupado de este doctor madrileño, quien, en plena juventud, ha hecho en los Estados Unidos desubrimientos impresionantes.

—Sí; insista usted—me dijo alguien que leyó una de mis crónicas sobre el profesor Delgado—, no vaya a ser que le den cualquier día el premio Nobel y nos pille la cosa tan desprevenidos como cuando se lo dieron al doctor Severo Ochoa, de cuya existencia nadie tenía aquí la menor idea hasta entonces.

Además, tendría menos disculpa. Porque si bien los trabajos del doctor Ochoa, como los

EL SABIO JOVEN

del profesor Arturo Duperier—muy llorado después de su muerte, pero muy poco tenido en cuenta mientras vivía—, eran cosas difíciles de comprender por el gran público, lo que ha hecho ganar justo renombre al doctor Rodríguez Delgado es algo que, aun ligera y groseramente explicado—como podemos explicarlo los periodistas—, es capaz de interesar y apasionar a todo el mundo.

Trabajando sobre monos en la Universidad de Yale (Estados Unidos) durante largos y pacientes años, este joven doctor Delgado ha hecho hallazgos impresionantes en el sentido de que se puede llegar a variar el comportamiento del individuo por medio de actuaciones incruentas sobre el cerebro. La agresividad, el hambre y otras tendencias y sentimientos, aun más sutiles, pueden ser objeto de control desde fuera. Esto, que parece ciencia ficción, es hoy ciencia pura gracias a este joven investigador español que, siendo ya un sabio universal

ESCRIBE

Joselina
Carabias



—así lo denominó Lain Entralgo al presentarlo al público en la cátedra Marañón—, sigue amando entrañablemente a su Patria y le gusta más que nada estar entre sus compatriotas.

Rodríguez Delgado va a explicar ahora un curso en la Universidad Autónoma de Madrid, recién inaugurada, y que se honra trayendo desde Norteamérica a este madrileño ilustre para que enseñe a los alumnos algo de lo mucho que sabe.

La otra Universidad de Madrid—la grande, llamada ahora Complutense porque nació en Alcalá de Henares—no ha podido contar a Rodríguez Del-

gado entre sus catedráticos. Los reglamentos la obligan a ser más formalista y a respetar las calabazas que le dieron a este sabio universal cuando hizo las oposiciones. Es probable que también hubieran suspendido a Einstein si se hubiera presentado a una cátedra de Física sin saberse alguna de las lecciones del programa. "El reglamento es el reglamento", como suelen decir tan a menudo todos los que no han sido capaces en su vida de aprenderse otra cosa.

Menos mal que igual el profesor Botella—rector de esa Universidad grande—que los catedráticos y muchos médicos ilustres, así como una discreta cantidad de curiosos, tuvimos ayer el placer de oír disertar a Rodríguez Delgado en la llamada Cátedra Marañón, de la Facultad de Medicina de la Complutense. No sólo por el nombre de la cátedra, sino por el tono general del acto y la calidad humana de Rodríguez Delgado, el glorioso nombre del

titular de la cátedra fue muy recordado.

En efecto, como dijo Lain Entralgo al comenzar el acto, a don Gregorio le habría agradado mucho aquello. Allí estaba don Teófilo Hernando, su grande, respetado y amado compañero, a quien Dios ha concedido la gracia de disfrutar unos noventa años gloriosos y hasta juveniles (y a todos cuantos le queremos y admiramos, la gracia y el placer de verlo); allí había discípulos tan predilectos de Marañón como Ruf Carballo, Botella, Velázquez, Gallego, Urgoiti, Martínez Fornés, Orcoyen... (sentiría olvidar a alguno por las prisas); allí estaba mi colega Marino Gómez Santos, el más joven y reciente biógrafo de Marañón. Y estaban las hijas del maestro, Belén y Carmen, con la esposa de don Teófilo, tan lozana y aparentemente joven como su marido y llena también de curiosidad científica y humana.

Todos escuchamos entusiasmados al sabio joven, que habló con sencillez "marañoniana", al tiempo que compadecíamos profundamente a quienes no tuvieron la suerte de estar allí.